

TIRADA DE EL IMPARCIAL DE AYER.

Madrid... 18.694
Provincias, Ultramar y Extranjero... 29.473

TOTAL... 48.167

Anuncios, comunicados y remitidos, á precios convencionales.

Número suelto, 5 CÉNTIMOS.

DIARIO LIBERAL

SUSCRICION

Madrid. CUATRO realistas por trimestre. VEINTICUATRO trimestres. CUARENTA semestres. Extranjero, OCHENTA trimestres. Estados Unidos de América, Cuba y Puerto-Rico, SESENTA reales trimestres. Los demás Estados y posesiones de América y Asia, OCHENTA reales trimestres.

DON RAMON MANDLY.

PLAZA DE MATUTE, NÚM. 5. MADRID.

¡CUARENTA AÑOS DE EXPERIENCIA!

Quando leíamos el discurso pronunciado por el Sr. Posada Herrera en la reunion de la mayoría del Congreso, sin querer se nos vino á la memoria uno de los períodos mas brillantes de la vida política del actual Presidente del Consejo de Ministros. Volvimos á verlo en aquellas sesiones agitadas, tumultuosas de la Cámara última; en aquellos días de desgracia en que luchaba con una escolta de treinta ó cuarenta diputados enfrente del ejército disciplinado y numeroso del Sr. Cánovas del Castillo; recordamos aquellos arranques oratorios saludados por las tribunas y la izquierda con salvajes de aplausos, que á duras penas trataban de contener los rugidos; aquellos apóstrofes á la mayoría; aquellos gritos de ¡servilismo! que partían de los bancos de la oposicion; aquella indignacion nobilísima y hermosa de verdadero tribuno que expresaba el rostro del Sr. Sagasta cuando, despues de crudísima batalla parlamentaria, llegaba el momento de las votaciones, y levantándose el Sr. Cánovas del banco azul, blandía en los aires el histórico junquillo que apaciguaba las tormentas.

¿Qué mayoría es esa—clamaba el Sr. Sagasta—que no hace otra cosa sino aplaudir al Presidente del Consejo y escuchar por sus oídos y ver por sus ojos? Y la minoría fusionista aplaudía, y aplaudía con sobrada justicia, al hoy Presidente del Consejo de ministros.

El Sr. Posada Herrera, que desde el punto y hora en que se dió á pensar por sí propio y abandonó á una mayoría, y á un partido, y á un ministerio, y una presidencia, vivía alejado de Madrid, volvía aquí con el pensamiento cada uno de esos días y telegrafaba su entusiasta admiracion al leader del constitucionalismo.

Verdad que lo merecía. Pocos hombres han conquistado el poder á costa de mayores esfuerzos, de mas entusiasmo político, de patriotismo mas grande. Nadie, desde la oposicion, ha vigilado con mayor celo las prácticas constitucionales, ni ha puesto en lugar mas alto la memoria de esos contados Parlamentos, donde la representacion del país no era una mentira, ni cada opinion un reflejo de opinion mas alta, ni cada diputado un cómplice del ministerio para servir sus intereses, legalizar sus arbitrariedades y eternizar su vida.

Entonces el Sr. Sagasta sabia y decía con la franqueza de un orador de oposicion, que esos Parlamentos en los cuales de antemano se sabe lo que ha de decidirse, llevan á los pueblos á una de dos cosas: ó al ejercicio único de la autoridad mas alta contra lo que aparentemente el país defiende, ó á la intervencion borrascosa del país fuera de los procedimientos legales y de las prácticas del constitucionalismo.

Recordando, pues, todo esto, vemos nosotros una falta de disciplina en la leccion de disciplina que ha ofrecido á los diputados adictos el Sr. Posada Herrera.

Todavía no damos crédito á las palabras del señor Posada Herrera.

«Es una pasion noble, decía, la pasion de la independencia, pero os prevengo contra ella. Yo no quiero ministros parlamentarios, sino Parlamentos ministeriales que voten siempre lo que quieren los ministros.»

Y mas adelante añadía: «Las mayorías no tienen que examinar si es bueno ó malo lo que se les propone, sino si le conviene ó no al gobierno.»

Pues si es cierto lo que dice, ya sobra el Congreso y sobra el Senado y está demás su autoridad. Cuando se presente una cuestion cualquiera, se le pregunta al Sr. Sagasta cómo quiere resol-

verla, y no hay que gastar tiempo en elecciones, ni millon y medio de pesetas en el presupuesto de las Cámaras.

¡Con qué altísima idea del sacerdocio que representan entrarán en el Congreso los diputados de la mayoría! No son nada, ni deben pensar nada, ni ambicionar, ni discurrir, ni volver la vista al país que los ha elegido.

El poder supremo está en el banco azul, en aquella extremidad que toca á la presidencia. Si mañana ese gobierno, conducido Dios sabe por qué pasiones, ó alucinado con la conciencia de su poderío, lleva la nave del Estado á estrellarse en un escollo, vosotros, diputados que militais en las filas ministeriales, los que prometisteis en vuestros distritos defender sus intereses, los que recogisteis del cuerpo electoral vuestras actas, los que habéis proclamado la mas alta de todas las libertades, la libertad del pensamiento, colocados en la alternativa de defender á la patria que peligra ó al ministerio que se hunde, no debéis vacilar un solo instante: votad con el gobierno y hacédo inamovible.

Esos uno, dos, tres ó cuatro mil electores que os trajeron á la Cámara no son nadie, ni nada les debéis, ni tenéis para qué atenderlos, ni necesitan defensa, ni quieren otra cosa que lo que se le antoja al Presidente del Consejo de ministros.

El Sr. Sagasta podrá cumplir perfectamente su mision de gobernar y plantear sin estorbo su sencillo programa, que consiste, como nos decía anoche, en realizar desde el poder cuanto pedíamos en la oposicion.»

Flaca memoria la nuestra: no recordamos en qué sesion pediría el Presidente del Consejo de ministros que no se rebelara la mayoría del Sr. Cánovas al mas insignificante de los deseos de su jefe.

¡Con qué entusiasmo asistirá hoy el país á la apertura de las Cortes! ¡Con qué majestuosa apariencia tomará mas tarde asiento en el sitio del Congreso el Sr. Posada Herrera. Lo comprendamos: á tan alto puesto lo eleva el país que no piensa, delegando sus poderes en unos diputados que no deben pensar.

La última frase del jefe centralista va á hacer todavía mas fortuna que aquella otra lanzada cuando tenía la noble, pero funesta pasion de decir lo que sentía. Y sin embargo, la mejor fortuna que pudiera ocurrir á tantas frases del Sr. Posada Herrera, es que el país las olvidara tan luego como las hubiera escuchado.

LOS VINOS ESPAÑOLES EN FRANCIA.

Crean los afiliados á la escuela proteccionista que no es ventajoso celebrar un tratado de comercio con la Francia, porque, segun ellos, tenemos que conceder reciprocidad para ciertos productos de la nacion vecina, si queremos obtener alguna franquicia á favor de nuestros vinos. Vamos á perjudicar, dicen, la industria nacional, á cambio de una ventaja que para la agricultura es efímera, puesto que si se exportan nuestros vinos á Francia, es porque la filoxera ha menoscabado grandemente la produccion vinícola de este país. El día que se haya logrado combatir aquella plaga, añadirá, cesará la extraccion de España, y no se habrá conseguido otra cosa que sembrar decepciones en las comarcas que se han entregado con demasiado afán á extender sus viñedos, creyendo haber alcanzado una fortuna eterna.

Nosotros creemos, por el contrario, que las relaciones mercantiles entre Francia y España han recibido un vigoroso impulso, como lo demuestra la estadística comercial, no tan sólo en el ramo de vinos, sino en otros varios que deben su desarrollo

á la reciprocidad de servicios y de negocios despertada por el hábito de tratar con los centros mercantiles que el vasto negocio de nuestros caldos ha engendrado.

Creemos tambien que, aun cuando pudiera concurriarse la filoxera en el país vecino, tambien habrá crecido el movimiento comercial, y que, por mucho vino que allí se elabore, necesitarán siempre los negociantes practicar el *coupage* para dar á los productos carácter comercial.

Y creemos mas, y es que, con el tiempo acontecerá con nuestros vinos en Francia lo que se observa en la República Argentina y lo que se advertía en Venezuela antes de las complicaciones actuales, y es que los productos españoles, tales como salen de nuestros lagares, ofrecen utilidades y excitacion gustos que los hacen apetecibles, decimos mal, preferibles á todos los demás para una gran parte, quizá la mas importante, del consumo.

Comienza á observarse en Francia en los departamentos inmediatos á nuestra frontera pirenaica aficion decidida entre la poblacion obrera de los vinos españoles sin mezcla, y aun cuando en algunos establecimientos de Bayona, dedicados á esa especialidad, todavía queda bastante que desear respecto de la absoluta pureza de los caldos navarros y aragoneses, no acontece lo mismo en otros puntos.

Muchos campesinos, labradores y obreros del departamento de las Landas ya no quieren otro vino que el aragonés, gracias á la iniciativa de un modesto español, D. Domingo Peña, quien despues de un período laborioso de privaciones y rudo trabajo, ha fundado en Dax un despacho de vinos comunes de Aragon y de Navarra, logrando que la poblacion dedicada al trabajo de los campos haya conocido la superioridad que para la restauracion de fuerzas reside en los líquidos alcohólicos de España.

Mucho se ha discutido sobre la mayor ó menor bondad de los productos franceses comparados con los españoles. Sin necesidad de discutirla, desde el momento en que un mercado extranjero exige vinos ligeros, poco alcoholizados, claro está que es necesario acomodar el producto al gusto del consumidor; mas por lo que ahora resulta de los hechos citados, no habian sido puestos á prueba los gustos de todo el mundo, y las aficiones de las mesas delicadas, aquellas en que la variedad de manjares exige repetidas libaciones de vinos bajos artificialmente aromatizados, habian prevalecido en el comercio general sobre los caldos que en nuestro país sostienen la robustez de la gente campesina.

Así como los labriegos españoles se acomodan mal con los vinillos extranjeros, así tambien debe acontecer lo mismo con los obreros de cualquiera otro pueblo, desde el momento que conozcan la diferencia de efectos que para reparar las fuerzas consumidas por el trabajo resulta del uso de unos u otros productos.

Por eso, si el movimiento iniciado en algun punto de la nacion vecina tomase creces, si se imitase el ejemplo de Dax, se abriría á nuestros vinos, tales como son, sin esas combinaciones que repugnan á los labradores españoles, un porvenir que no dependería de una base insegura, sino de cualidades naturales que señalan á los caldos de España su lugar en el consumo. El vino español es, y no puede ser otro, el conveniente para el sostenimiento de la vida del trabajo corporal. El vino francés es el aplicable al refinamiento de los gustos en las clases que no se entregan á trabajos materiales. A cada cual su puesto y su porvenir.

¡Cuanto hay en España que pasa desapercibido para los extranjeros! Ya hemos visto lo que ocurre con el vino, y cómo ha sabido despertar aficiones, antes desconocidas, un español activo é inteligente. Lo mismo podría suceder con muchos de nues-

tros quesos, de nuestros escaboches, de nuestras conservas y de otros productos, si existieran iniciadores, si hubiera hombres de ánimo resuelto que, en compensacion de los establecimientos extranjeros que se fundan en España, los plantearan tambien en Francia para dar extension á nuestro comercio internacional y á nuestras exportaciones, que si bien revelan incremento, pudieran adquirirlo mucho mayor, sabiendo hacer concurrencia á los productos de Italia, que van inundando los mercados franceses en mayor cantidad que los nuestros, excepto en lo concerniente á vinos.

MAS DUDAS CADA DIA.

A medida que los días pasan y van uniéndose nuevos documentos al ya manoseado expediente de la negociacion diplomática, ésta se presenta mas confusa, en términos que es imposible seguir sus incidentes y peripecias, si no se ha de correr el inminente riesgo de perder el juicio.

La *Epoca*, temeroso de contraer esta dolencia, de curacion difícil, dedicase anoche á traducir y condensar en un artículo cuanto sobre la cuestion escriben algunos periódicos franceses, dejando al tiempo la demostracion de lo que en ella haya de seguro, de patente y de indudable.

Nosotros nos hemos propuesto seguir el mismo camino por temor á idéntica enfermedad, y por consiguiente, acudimos desde hoy en demanda de noticias á fuentes extranjeras, ya que las nacionales, por causas que no se nos alcanzan, permanecen completamente secas.

Una flor que *La Epoca* no ha hecho figurar en su ramillete de noticias, nos la proporciona el *Figaro*, de París. Esta dice en su número llegado ayer:

«Otra torpeza mas de nuestra diplomacia. Nuestro gobierno ha caído por fin en la cuestion de la indemnizacion reclamada por España en favor de las víctimas de Saida. ¿Por qué no empezamos por esto? Hubiese evitado indisponer á España con nosotros. Hoy esta tardía reparación, además de aligerar nuestro bolsillo, no servirá á devolvernos la amistad de los españoles.»

La *Patris* por su parte, no sólo se muestra mas explicita, sino que se hace eco de un rumor gravísimo: «¡Esperamos, dice, para juzgar, á que la luz se haga, clara y nota, para una noticia que exige inmediatas explicaciones; pero es un hecho seguro que la agnoscencia de la Francia á las reclamaciones de España, á propósito de las indemnizaciones que hay que conceder á los esparteros españoles, da lugar á muy graves comentarios.»

«¿Preside qué las concesiones de Francia serian el precio del consentimiento dado por España para una expedicion contra Figui y contra las tribus marroquíes de nuestra frontera oranesa.»

En España no hay gobierno alguno, sépalo la *Patris*, que admita concesiones en precio de ciertos sentimientos. Hacemos esta justicia al ministerio que preside el Sr. Sagasta, como se la haramos á cualquiera otro ministerio, fuese cual fuera su matiz político. Nuestra conviccion es tan grande sobre este punto, que, aun viéndolo, no lo creíamos.

Nuestro colega *La Epoca* no recibe, por lo visto, la visita del periódico francés *Le Clairon*, pues de otro modo no hubiera dejado de unir al expediente el siguiente curioso documento.

Dice *Le Clairon*: «El periódico la *France* publicó ayer en su última hora la siguiente noticia: «Circula un grave rumor. «Mr. Barthémy Saint-Hilaire parece que en las negociaciones en curso con España ha comprometido la política francesa á mas de lo que era la opinion dominante en el gabinete. «Si el hecho se confirma, no sería imposible que resultasen dificultades. «Esta noticia supondría en otra ocasion la salida del ministerio de Mr. Barthémy Saint-Hilaire, pues ha sido inspirada á la *France* por los amigos del Presidente del Consejo. Estos comprenden que una modificación, aun ligera, del gabinete de la consolidaria. La salida del ministro de Negocios extranjeros sería muy ventajosa para Mr. Ferry. «El partido de Mr. Gambetta, que al fin quiere ser poder, se opone al sacrificio de Mr. Barthémy.»

EL GUANTE DE LIONEL
NOVELA ESCRITA EN INGLÉS
por MISS HENRY WOOD.

asuntos.—replicó gravemente Lionel.—Antes no. Me he casado con Sibila, por lo que vale y por lo que no vale, y estoy decidido á defenderla contra todo el mundo. —No os disputaré vuestro derecho.—replicó el incorregible Jhon.—Pero, escuchadme: ¿queréis haceros cargo de la direccion de la Gloria? —De la direccion de la Gloria!—replicó Lionel, no acertando á explicarse la proposicion de Jhon. —Desde que habéis salido de aquí, esto es el caos. Nadie me entiende á mí, ni yo entiendo á nadie. El día menos pensado, me voy á volver loco. Roy creía que le habia de reponer en su puesto, pero, ¡Dios me libre de ello! Siempre ha sido un tunante. ¿Queréis vos hacer sus veces? Os daré quinientas libras al año. Lionel se estremeció de alegría, porque no ya para él, sino para la persona mejor acomodada aquella cantidad era exorbitante. Pero ¿debía aceptar? Hubo un momento de lucha en su alma, pero al fin venció de su amor propio el recuerdo de la necesidad en que vivía su mujer y los sacrificios que se habia impuesto Jan. —Acepto,—contestó con voz resuelta, y os doy las gracias. —Pues sellémos nuestro contrato bebiendo este vaso de prog. Tyan me ha dicho que los asuntos de la Gloria sacaron á mi madre. No quiero que me suceda á mí lo mismo. Al fin, el día en que yo muera, la

Gloria será vuestra. Ciudad, pues, de vuestros intereses. —Podéis casaros—observó Lionel. —Conozco demasiado á las mujeres para hacer ese disparate—dijo Jhon.—Desde mañana estarán á vuestra disposicion las mismas habitaciones que ocupabais. Haced y deshaced á vuestro antojo. La Gloria es vuestra á condicion de que me deis dinero siempre que os le pida. Bebamos.

CAPITULO XI.

LA SEÑORA PEKABY PARTE PARA LA NUEVA JERUSALEM.

Volvamos á casa de la señora Pekaby, donde se preparan grandes acontecimientos.

La señora Pekaby habia dado á entender á Lionel que su marido era intratable, y efectivamente el señor Pekaby, á fuerza de gastarla, habia acabado con su paciencia.

Cuando una vez terminado su trabajo volvía á su casa, no hallaba preparada la comida, porque su mujer habia empleado el tiempo en suspirar por la llegada del asno blanco. Cuando se disponía por las mañanas á salir para renunciar sus tareas del día anterior, tampoco hallaba dispuestos sus instrumentos de trabajo ni la merienda, porque su mujer habia pasado la noche suspirando por la llegada del asno blanco.

Era de noche. Pekaby, de regreso de su trabajo, se dirigió á la cocina para ver si estaba hecho el the, y hallando el hogar desierto, arrojó al suelo todos los cachivaches que habia á mano.

—¡Qué bruto es mi marido!—exclamó media hora despues la señora Pekaby entrando en la cocina, seguida de Polly Dawsons.

—¡Bondad divina!... ¡Qué desorden!—exclamó Polly Dawsons.

—No os caseis en vuestra vida,—repuso la señora Pekaby,—si no queréis perder todas las ilusiones que os puedan inspirar los hombres.—Son los animales mas temibles de

la creacion. Han perdido á mas de una mujer.

—Pero si me caso,—dijo Polly Dawsons,—no estaré á todas horas amenazando á mi marido con irme á la Nueva Jerusalem.

La señora Pekaby recibió aquella leccion sin protestar, limitándose á decir, ante el espectáculo que tenía á la vista:

—¿Quién estuviera ya en la Nueva Jerusalem! Nunca ha habido una mujer mas desgraciada que yo.

—Lo menos vais á necesitar dos horas para limpiar la cocina,—repuso Polly Dawsons.

—¡Dos horas!—exclamó la señora Pekaby.—Yo encenderé lumbre para hacer el the á mi marido. Lo demás que lo arregle él, si quiere.

En cuanto salió Polly Dawsons, la señora Pekaby puso manos á la obra, consiguiendo por fin hacer la taza de the para su marido.

Despues se sentó en un rincón de la cocina, entregándose á sus acostumbradas meditaciones sobre la Nueva Jerusalem y el asno blanco.

Pekaby volvió á su casa entre nueve y diez, y contra su costumbre, en vez de volver borracho, volvió del mejor humor del mundo.

—¡Llueve á torrentes!—dijo á su mujer.

—¿Quieres tomar alguna cosa?—le preguntó la señora Pekaby, que esperaba una escena tormentosa.

—Aunque ya he comido con Obuff, tomaré alguna cosa—la contestó Pekaby.

Media hora despues, marido y mujer se habian recogido tranquilamente.

Pero hé aquí que de pronto oyó la señora Pekaby un ligero ruido, y arrojándose del lecho, abrió una ventana que daba á la calle.

El corazón la palpaba fuertemente.

—¿Vive aquí la señora Pekaby?—preguntó una voz desde la calle.

—¿Aquí vive—contestó conmovida la señora Pekaby.—¿Qué la queréis? —El asno blanco espera para llevarla

á la Nueva Jerusalem—repuso la misma voz.

Un grito de alegría se escapó del pecho de la señora Pekaby.

—¡Pekaby!—exclamó.—¡Ha llegado el momento! Bien sabia yo que llegaría.

Pekaby, que sin duda dormía, no contestó.

Pero su mujer, que quería que le oyese á toda costa, le tiró violentamente de un brazo para despertarle, exclamando: —Ya está ahí el asno blanco. Ven á verle.

Pekaby articuló algunas palabras, pero siguió durmiendo, mientras su mujer encendía luz y se ponía de prisa y corriendo el vestido encarnado con que debía hacer su viaje.

—¡Soj con vosotros al momento!—dijo á las personas que la esperaban en la calle asomándose á la ventana.

—Cuando gustéis—la contestaron desde la calle.

Una vez vestida, la señora Pekaby se acercó á la cama de su marido y exclamó: —Adios, Pekaby. Ya vas á verte libre de mí, como deseabas. Adios.

—Adios. Susana—la contestó Pekaby despertándose en aquel momento.—¿a espresiones de mi parte á los Santos de la Nueva Jerusalem.

La señora Pekaby no pudo menos de admirarse de aquella conformidad de su marido.

El asno blanco esperaba á la puerta de la tienda con toda la impaciencia que caracteriza á los animales de su especie.

Estaba cubierto con una manta de la cabeza á la cola, y sus conductores hacían coquilla al viento y al agua, menos afortunados que él.

—¡Estais pronta, señora!—le preguntó uno de ellos. —Estoy pronta—contestó Susana trémula de gozo.—Pero ¿cómo no tiene silla el asno? —Los burros de la Nueva Jerusalem no

necesitan tantos requisitos. Montad, señores.

La señora Pekaby no tuvo que hacer grandes esfuerzos para montar, gracias á su elevada estatura.

A la primera señal, el asno partió á la carrera, atravesando á Clay-Lane orgulloso con su carga.

Seguia lloviendo á mares. —Supongo que el camino va á ser largo—dijo la señora Pekaby á uno de sus conductores.

—Muy largo—la contestó éste. —¿Y cómo vamos á poder atravesar el mar?—siguió preguntando la señora Pekaby.

—Todo ha sido previsto por el hermano Jarrun—repuso lacónicamente el interrogado.

El nombre del hermano Jarrun llenó de alegría á la señora Pekaby.

—No la habia olvidado, no se habia burlado de ella como decían todos los vecinos de Deerham!

Al llegar á la salida de Clay-Lane, la pequeña caravana tomó el camino que conducía á las posesiones de sir Rufus Hautley en vez de tomar el camino de Londres, acabando por internarse en la profundidad de uno de los bosques mas impenetrables de los alrededores de Deerham.

Pero la señora Pekaby no se permitió hacer la menor observacion.

Si se hubiera visto al borde de un precipicio, habria hecho lo mismo. Tan grande era su ceguera.

Por fin, tiró al asno de la rienda para tomar aliento: estaba enladrada de los pies á la cabeza y rendida de fatiga.

—¿Dónde estamos?—preguntó. Nadie la contestó, y tuvo que repetir la misma pregunta. —Es extraño—pensó viendo que tampoco la contestaban aquella vez. Sus conductores habian desaparecido, y por mas que gritó y buscó no pudo dar con ellos. Se apeó para no estrellarse con su gabal-

